ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

LO QUE NO DEBE PERDERSE,

DISPARATE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de 1.° de Abril de 1877.*

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

3	2	Amor á la patria—d. o. v.	1	D.ª Rosario de Acuña	Todo.
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p.	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	»
3	3	Casamientos y vice-versa	1	Daniel Balaciart	»
4	2	Dios aprieta	1	J. Velazquez y Schez.	»
		Dimats 13	1	José Ovara	»
3	3	Dos prófugos—p. o. v.	1	Pascual de Alba	»
»	»	El conde Patrizio	1	G. Sanchez Castilla	»
10	1	El laurel de Virgilio—d. o. p.	1	Ricardo de Medina	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier	»
		En el Cármen y por Cármen—j. o. v.	1	Elías Aguirre	»
3	1	Fuerza mayor	1	José Estremera	»
3	2	Hay entresuelo	1	José Estremera	»
3	1	Jaula de oro—j. o. p.	1	R. Lopez del Rio	»
4	3	Joaquinito—j. o. p.	1	M. Rodrigz. Saavedra	»
		La mamá de mi mujer	1	Eduardo Maza	»
6	3	La perla de mi mujer	1	C. Gil y Luengo	»
		Lo que no debe perderse	1	R. Lopez del Rio	»
		Los tres novios de la niña	1	M. Ramos Carrion	»
4	2	La torre de Talavera	1	Eugenio Sellés	»
3	1	Otro José—c. o. p.	1	José de Fuentes	»
2	2	Por un anuncio	1	J. G. de Iribarrén	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant	»
3	2	Tenorio y Mejía—j. o. v.	1	Leandro Torromé	»
2	3	Una y no más—c. a. p.	1	Ricardo Medina	»
		Un aprenent de lletí	1	José Ovara	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p.	1	José de Fuentes	»
8	2	El dinero de la hucha—c. a. p.	2	R. Lopez del Río	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p.	2	Salvador Lastra	»
4	2	Un cuento de niños—c. o. v.	2	Antonio G. Gutierrez.	»
6	2	Un cargo de confianza	2	R. Lopez del Rio	»
5	2	¡Don Martin!	3	R. Lopez del Rio	»
		El chiquitin de la casa—j. a. p	3	M. Pina Dominguez	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano	»
3	3	Enseñar al que no sabe—c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva	3	D.ª Elisa de Luxán	»
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia	3	D. F. Palanca y Roca	»
		La cruz de plata	3	F. Palanca y Roca	»
10	2 a.	La dama del Rey	3	Valentin Gomez	»

LO QUE NO DEBE PERDERSE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

D. Martin, juguete en tres actos y en prosa.
Caza prohibida, juguete en dos actos y en prosa.
Un cargo de confianza, comedia en dos actos y en prosa.
Jaula de oro, comedia en un acto y en prosa.
El dinero de la hucha, juguete en dos actos y en prosa.
Lo que no debe perderse, disparate cómico en un acto y en prosa.

LO QUE NO DEBE PERDERSE.

DISPARATE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

Representado por primera vez en el Teatro de ESLAVA la noche del 7 de Enero de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
LUCÍA	SRAS. DIAZ (A.).
DOÑA CASTA	RODRIGUEZ (C.).
DON CASTO	SRES. RIQUELME.
MANUEL	VENEGAS.
UN SERENO	MUÑOZ.
MUNICIPAL 1.°	FERNANDEZ.
MUNICIPAL 2.°	VALERO.
UN CABALLERO	(No habla.)
UN SERENO DEL GAS	(No habla.)

Época actual.

AL APLAUDIDO ACTOR CÓMICO

DON ANTONIO RIQUELME,

Recuerdo amistoso de

R. L. P. E.

ACTO ÚNICO.

Calle larga. La mitad izquierda del escenario, una tienda de objetos de punto. Puerta á la derecha practicable y encima una ventana pequeña practicable tambien. Puerta á la izquierda. Otra al foro, delante de la que habrá un mostrador, y sobre él una botella negra, un vaso y una jarra con agua y otra botella blanca con agua. Anaquelería con infinidad de paquetes. Unos calzoncillos colgados de un palo. Una escalera de dos brazos. Un quinqué encendido, tres ó cuatro sillas de paja. Por la parte afuera de la casa, sobre la puerta, una muestra que diga: Objetos de punto. Á la derecha una especie de cartel anunciando algunas prendas, y al final, escrito en grandes letras, calzoncillos. En la esquina un farol, que se ha de apagar á su tiempo. Una casa á la derecha con puerta y balcon practicable.

ESCENA PRIMERA.

LUCÍA y CASTA, en la tienda.

LUCIA. Las once y media y el *mio maritto* sin parecer! Oh, destino amargo! Oh, libertinaje marital.

CASTA. Como el mio. Sabe que á las once cerramos la tienda todas las noches, y son las once y media y aún no se ha dignado venir.

LUCIA. Por qué no vienes, Manolo mio? Por qué, no teniendo la costumbre de retirarte tan tarde! Dónde estará? En

brazos de otra mujer! No quiero pensarlo, porque ya mis nervios empiezan á agitarse. Mire usted, vecina, mire usted. (Mostrándole una mano.)

CASTA. Hola, es usted celosa?

LUCIA. Ha ido usted al teatro alguna vez?

CASTA. Sí señora, á la Infantil.

LUCIA. Y no ha visto allí el Otelo?

CASTA. Otelo? Sí, ya sé, uno que le llamaban Fray Liberto?

LUCIA. No, este es un moro.

CASTA. Moro?

LUCIA. Que mató á su mujer por celos.

CASTA. Qué animal!

LUCIA. Pues yo soy más todavía. Usted, vecina, no lo es?

CASTA. Animal?

LUCIA. No, celosa!

CASTA. Ay, hija mia, lo he sido, pero ahora...

LUCIA. Oigo pasos! Será él? No, son dos hombres públicos. (Atraviesan la escena dos guardias municipales de derecha á izquierda.)

CASTA. Mire usted, hasta hace cuatro años no puede usted tener idea de las locuras que he hecho para espiar á mi marido. Concluía de comer, se marchaba, y yo, dejando al dependiente solo en la tienda, me iba detrás. Llegaba al café, y si por casualidad no estaba jugando al dominó como otras noches, ya me tenía usted como una loca dando vueltas por todo Madrid y sufriendo cosas que me hacían ruborizar más de una vez. Por espacio de mucho tiempo estuve haciendo esto mismo, hasta que me convencí, querida vecina, de que el mucho celo y cuidado con los hombres suele dar á veces malísimos resultados! Ellos naturalmente despues de su trabajo de oficina ó de mostrador, necesitan ir al café, jugar sus partidas de dominó, hablar con los amigos, en fin, distraerse y eso...

LUCIA. Eso lo tienen en casa á todas horas sin necesidad de ir á buscarlo fuera. El café, ese es el pretexto de todos ellos. Pero yo le juro á usted que á mi marido le he de

quitar yo esa costumbre ó poco he de poder.

CASTA. En una ocasion intenté yo hacer lo mismo con el mio, porque un dia... precisamente era mártes y trece, averigué!... pero á qué he de molestar á usted con esa historia. Lo único que sabré decirla es que si ayer jugaba al dominó una hora, hoy juega dos.

LUCIA. *Gran Dío*! tarda mucho su esposo de usted y yo voy á tener que marcharme sin saber si don Casto ha visto ó no á mi marido! Oh, fatídica suerte! Destino adverso!

CASTA. (Á esta las novelas la van á volver loca!)

LUCIA. Luégo la noche está algo fresca, y como él es tan propenso á las pulmonías... y ademas tan aprensivo... me temo...

CASTA. Efectivamente que hace fresco; bonito mes de Junio llevamos, no parece sino que estamos en el mes de Enero. Por mi marido no tengo cuidado respecto á eso; el mismo abrigo interior lleva en el verano que en el invierno.

LUCIA. En eso se parece al mio; únicamente hoy... no sé porqué... Pero se me figura que siento pasos; será él?... No, es don Casto.

ASTA. Mi marido?

LUCIA. El mismo.

CASTA. Gracias á Dios!

ESCENA II.

DICHAS, D. CASTO, con el cuello del saco levantado, un pañuelo blanco en la boca, baston debajo del brazo y las manos metidas en los bolsillos, por la derecha.

CASTO. Buenas noches, palomita. Buenas noches, querida vecina!

LUCIA. Hace frio?

CASTO. Cáspita, ya lo creo! Dispense usted esta muestra de cariño; pero siempre que entro en mi casa, ya se sabe, es de ordenanza dar un abrazo á mi mujercita. (Abrazándola.)

CASTA. Zalamerillo! Uy! (Lo que saben estos pícaros.)

CASTO. (Cada dia está más vieja y más fea!) Conque aún no ha venido Manuel, eh?

LUCIA. Y estoy inquieta por su tardanza. Usted no le ha visto?

CASTO. Sí; un momento en el café!

LUCIA. En el café? es extraño; él nunca acostumbra...

CASTO. Cierto, sí, es un modelo... de los que no van al café ni juegan al dominó.

CASTA. No eres tú lo mismo!

CASTO. Yo soy otro modelo... pero de diferente especie. Además ya sabes que esa es mi única distraccion! Ayer fué mal dia para mí, es verdad. Perdí catorce reales al capicúa. Pero hoy... hoy ha sido un gran dia, Castita! Hoy he ganado veinte y ocho cuartos; tómalos, tómalos y échalos en la hucha con los otros. Ya tendrás un capital.

CASTA. Si no tengo más que sesenta reales.

CASTO. Pues tienes un capital de sesenta reales. Ha de saber usted, vecina, que todo el dinero que gano al dominó lo está mi mujercita reuniendo para librar de las quintas á nuestro hijo.

LUCIA. Cómo! tienen ustedes un hijo? No sabía...

CASTO. No, no tenemos ninguno; pero... para cuando lo tengamos. Donde ménos se piensa salta un hijo.

CASTA. Qué cosas tienes!...

CASTO. Á pesar de sus cuarenta y cinco, mire usted, mire usted qué encarnada se ha puesto. (Parece un pavo con papalina.)

CASTA. Vamos, te quieres callar! Lo que hace falta es que vengas más temprano á tu casa. Dios sabe de dónde vendrás.

CASTO. Del café, como siempre.

CASTA. Lo mismo me dijiste la célebre noche del mártes trece... No la recuerdas? Aquella en que con los demonios en el cuerpo...

CASTO. Pero se salieron ellos solos; la prueba es que despues no he vuelto á caer en la tentacion... Como que tú me has petrificado, digo, purificado.

CASTA. Ya estás tú bueno!

CASTO. Bah! Tonterías!—Figúrese usted, vecinita, que uno de los dias en que yo iba á mi café, como tenía de costumbre... Porque eso no me lo negarás, yo iba al café derechito...

CASTA. Bien, hombre, prosigue.

CASTO. Pues me dirigía al café, cuando en la calle de Alcalá me encuentro á un muchacho con el cual yo había ido á la escuela. Al vernos, es natural, nos reconocimos.—Quico!—Casto!—Tú por aquí?—Ya lo ves.—Qué es de tu vida?—Pues nada, la mantengo lo mejor que puedo! Me parece que todo esto no tiene nada de particular.

LUCIA. No.

CASTA. Hombre, prosigue.

CASTO. «Y qué haces? me dijo, «qué te haces!»—«Cuidarme,» le respondí yo... Eso tampoco lo negarás —«Y á dónde vas ahora?»—Al café!—Pues no hay café!— Se ha quemado? le contesté yo con sobresalto!—No; digo que esta noche te vienes conmigo; tengo dos billetes para ver Genoveva de Brabante.»—Es decir, para ir al rosario de santa Genoveva, que está en la calle de Brabante, allá en el barrio de Pozas; y como yo he tenido siempre ideas muy morales, le contesté que sí al momento. Fuimos allá, entramos; había un lleno espantoso. Empieza la funcion... el rosario quiero decir, y yo no había caido en que tenía el sombrero puesto...

LUCIA. Qué distraccion!

CASTO. Sí señora, muy grande; hasta que un acomodador de las butacas me lo dijo.

LUCIA. Cómo?

CASTA. Butacas?

CASTO. (Diablo!) Uno de aquellos monagillos... que acomodan los bancos en la iglesia. Yo, como era natural, me lo quité y seguí oyendo la zarzuela... es decir, el trozo de zarzuela que tocaban en la salve y que hacía: «El ser civil, es un placer, como en la noche...»

LUCIA. Pero señor don Casto, una cosa tan alegre en una

salve...

CASTA. Y con esa letra...

CASTO. No, si lo cantaban sin letra, y así: (Tararea la misma cancion pero con mucho sentimiento.) En fin, para terminar; que se acabó el rosario, y precisamente cuando salíamos llega la criada de mi amigo Quico y le dice que su hijo se está muriendo. Inmediatamente nos fuimos á su casa, y es claro, como el chico se había muerto, tuve que quedarme para darle las medicinas necesarias durante toda la noche. Y luego al amanecer se empeñó el niño que le sacara á dar una vueltecita y... no hubo más remedio.

CASTA. Pero no dices que se había muerto?

CASTO. Sí; pero es que despues se puso un poco mejor. (Que torpe estoy esta noche.)

CASTA. Y cómo puede ser eso?

CASTO. Muy sencillamente; porque le dió un síncope, y nosotros creimos que se había muerto. (Dichoso martes, dichoso Quico y dichosa Pura!)

CASTA. Pues tú dirás lo que quieras, pero aquella noche...

CASTO. Volvemos á las mismas.

LUCIA. Señores, á qué recordar ahora cosas pasadas?

CASTA. Tiene usted razon, lo mejor es dejarlo.

LUCIA. Vamos á ver: usted cree que mi marido estará en el almacen?

CASTO. Ah! pues es verdad, no me acordaba; ahora recuerdo que hoy han estado de inventario.

LUCIA. Sí, eso me dijo esta mañana; pero como es tan tarde...

CASTO. Oh, es que los inventarios ocupan mucho tiempo. Usted sabe lo que son los inventarios? Pues un inventario, ya se sabe lo que es. Se empieza á inventariar y no se concluye nunca.

LUCIA. Sí, pero como pueden servir de pretexto muchas veces... Á saber qué es lo que está inventariando!

CASTO. (Algun contrabando.) Me parece que calumnia usted al pobre Manuel.

LUCIA. Oh, sí, tiene usted razon; le calumnio! Tu corazon no

puede olvidarme; tu corazon es puro!...

CASTO. (Ó de papel.)

LUCIA. Y no te creo un monstruo.

CASTO. No, no señora, no somos tan monstruos. (No me agradan estas conversaciones delante de mi mujer.)

LUCIA. Manolo es fiel! Tú eres fiel, Manolo.

CASTO. Como yo.

LUCIA. Ven ustedes este pequeño receptáculo? este frasquito?

CASTA. Si.

LUCIA. Pues contiene un violento corrosivo, una sustancia vitriólica, la cual, en el caso en que mi marido me falte, páf!

CASTA. Y qué es páf?

LUCIA. Quiero decir, que su contenido va á parar á su rostro No ha leido usted los Misterios de París?

CASTO. No señora; de París no he leido más que las facturas de los géneros y las letras de giro.

LUCIA. Pues allí hay un maestro de escuela...

CASTO. Qué felices son los franceses! aquí no queda ya uno.

LUCIA. Á quien la lechuza le mutila el rostro con este líquido.

CASTO. Animalito!

LUCIA. El maestro de escuela es un bandido.

CASTO. Es claro, como ese oficio es tan poco socorrido, el hombre tuvo necesidad de buscarse los garbanzos.

LUCIA. Lo mismo le va á pasar á Manuel.

CASTO. Cómo, se va á hacer bandido?

LUCIA. No, pero le voy á mutilar...

CASTO. Pobrecillo!

LUCIA. Adios. Le esperaré en casa sin acostarme y con el líquido preparado.

CASTO. Quiere usted que la acompañe?

LUCIA. No es menester... con atravesar la calle ya estoy en casa. Hasta mañana, vecinos. (Sale de la tienda, atraviesa la calle, y se mete en la casa de la izquierda.)

CASTA. Adios!

CASTO. (Canastos con la vecinita!...)

ESCENA III.

CASTO, CASTA.

CASTA. Tú no vas á subir?

CASTO. Primero voy á cerrar y luégo á leer un rato *La Correspondencia* como todas las noches.

CASTA. (Cogiendo una botella oscura que habrá encima del mostrador.) Ah! Tú ves esto?

CASTO. Y qué es eso?

CASTA. Una botella de petróleo! El dia que me engañes... paf! te la arrojo á la cara!

CASTO. Eso es, me pones una mecha en la boca y me enciendes como si fuera un quinqué.

CASTA. Bien, tú procura no caerte.

CASTO. Descuida, que yo me agarraré. (Váse Doña Casta por la puerta izquierda de la tienda.)

ESCENA IV.

CASTO en la tienda y LUCÍA en el balcon de la casa derecha.

CASTO. Qué razon tenía yo en que mi mujer no oyese ciertas cosas!... (Empieza á cerrar la puerta de la tienda.) Cerraremos bien, porque segun he oido decir en el café, abundan los rateros por estos barrios. (Se oye la una en un reló de torre.)

LUCIA. La una y no parece!

CASTO. Canastos, la una nada ménos. Mucho me he entretenido en casa de Pura esta noche; bien es verdad que esa calle del Doctor Fourquet está tan lejos... Digo, si mi mujer supiera que lo del dominó es una añagaza y que todo el dinero que pierdo en el juego lo pierdo en casa de Pura, que es una jugadora... que gana siempre!

LUCIA. Y hace una noche demasiado fria! Voy á ponerme un manton. (Se retira del balcon.)

CASTO. Pero qué bonita y que virtuosa es mi Pura; lo que me

ha extrañado mucho es la visita del primo á las diez de la noche. ¿Qué se le ocurriría á esas horas... En fin, qué demonios, ella me lo dirá mañana. Leamos *La Correspondencia*. (Se sienta al lado del mostrador, recostando la silla en él. Saca *La Correspondencia* y se pone á leer. Lucía sale al balcon con un pañuelo puesto sobre los hombros. Dentro se oye una voz que llama al Sereno, y á poco se ve salir á éste y á un caballero.)

VOZ. Francisco!

SERENO. Allá van! (Dentro.)

LUCIA. Esa voz!... Me parece que es él quien llama al Sereno! Si Dios quisiera que fuese!

CASTO. (Leyendo.) «El doctor Garrido.» (Atraviesan de izquierda á derecha el Sereno y un Caballero con grandes patillas.)

LUCIA. No, no es él. Dios mio!

CASTO. (Leyendo.) «Antigüedades! Ha sido encontrada en una de las escavaciones recientemente practicadas, una...» Canario y que mal impresa viene hoy *La Correspondencia*. (Leyendo.) «Una ama de cria con leche fresca de dos meses... Pues está fresca la pobre mujer! Es mucha *Correspondencia*, y sobre todo la cuarta plana, que es la única que yo leo.

LUCIA. Si se irá cansando de mi cariño... si otra me robará su corazon y su... achist! Ya me constipé. (Con transicion cómica.)

CASTO. (Leyendo.) «Café nervino!...» Qué fuerza debe tener este café; voy á procurar que mi mujer lo tome.

LUCIA. No, yo no puedo creerlo. Él es bueno, cariñoso! (Se oye ruido de dinero en la puerta izquierda.)

CASTO. Adios, ya se le ha roto á mi mujer la hucha. Qué es eso, Casta?

CASTA. Que se me ha caido el dinero.

CASTO. Ten cuidado, mujer, no vaya nuestro hijo á servir al rey por tu torpeza. Ahaa! Ya me está entrando sueño. (Leyendo.) «Se alquila una señora... con vistas á la calle...» ahaa! No hay mejor cosa que leer *La Correspondencia* para quedarse dormido. Quién por dos cuartos

no compra el sueño? (Se duerme.)

LUCIA. Habrá ido á algun baile? Si entre sus papeles hallára una prueba... veamos. (Se retira del balcon quedando completamente á oscuras.)

ESCENA V.

CASTO, MANUEL, por la calle.

Pequeña pausa. Atraviesan dos Municipales la calle y desaparecen. Despues se oye al Sereno, cantar la una y media; al mismo tiempo sale un gasista y apaga el farol de la esquina; y cuando desaparece sale Manuel con el cuello de la levita subido, mirando hácia el balcon de la derecha y recatándose. Está un poco alegre.

MAN. Pues señor, esto tiene gracia; hace hora y media que ando buscando mi casa y no la encuentro por ninguna parte. Digo mi casa, porque la pago, no porque sea mia. Yo no quiero ser casero; no señor; yo no quiero ser... eso. Pues si no me equivoco... sí, esta es mi calle... Aquella es la casa de mi buen amigo Casto; y la de enfrente la mia, eso es. Mire usted lo que son las cosas; ahora que no la encuentro, la busco... digo, al revés; ahora que... Já, já, já! Manolo, que te se va la lengua. No, pues lo que es borracho no estoy; algo alegrillo... algo decidor, sí, pero lo que es borracho... Hola, ya no hay luz en mi casa; mi mujer parece que se ha acostado. Es claro, se habrá cansado de esperarme. Pobrecilla, lo cierto es que soy un mala cabeza. Eres un calavera, Manolito! Pero si despues de todo, son cosas que á veces no se pueden remediar, qué demonio! Hoy por ejemplo: despues de estar todo el dia sujeto en el almacen haciendo el inventario... Se reunen todos los dependientes, y acuerdan que nos vayamos á bañar al caudaloso Manzanares, y despues á comer en un ventorrillo de aquellos. Bueno, dije yo; comeremos en el Manzanares, y nos bañaremos en un ventorrillo de aquellos. Terminamos nuestro trabajo, y dicho y he-

cho, emprendimos la caminata hácia el Arco Iris, que es donde nos debíamos de bañar. Resultado general; que nos bañamos por fuera y tambien por dentro. (Haciendo la accion de beber.) Subimos despues á Madrid, fuimos al café, y nos seguimos bañando por dentro con copitas y copitas, y luego... já, já, já! Pero se me ha olvidado ir á la calle del Doctor Fourquet, donde vive la chica más bonita y más virtuosa... Véase la clase; se llama Pura. Chito, canario; que si mi mujer me oye... Digo, y que no es celosa la pobrecita de mi alma. Querrán ustedes creer que tengo miedo, no á ella, sino al líquido que lleva consigo... al frasquito de vitriolo!... Como que ha jurado encasquetármelo todo en la cara la primera vez que me coja en un renuncio... y como yo no puedo renunciar á... Demonio, pues no siento frio? Bah; esta es la reaccion sin duda. Pero no, canario; estos son muchos escalofríos; sobre todo en las piernas siento un... (Se tienta el pantalon.) Dios mio!... Manolo, Manolito, si no puede ser... hijo... cómo es que te falta... Nada, que no los tengo; me los han robado, no cabe duda. Luégo dirán que no se pueden quitar los calcetines sin quitarse las botas. Pues ahí lo tiene usted; á mí me han robado los... sin quitarme los pantalones. Pero ya caigo! Me los he dejado en el baño, en el Arco Iris! Y cómo me presento á mi mujer tan á la ligera... Con sus celos es capaz de creer... Ay! Ya estoy viendo el frasco de vitriolo... No señor; es preciso á toda costa buscar unos... pero á dónde voy yo á las dos de la mañana... Á quién me... (Se fija en la tienda.) Oh, providencia de los desabrigados por casos imprevistos. Tendero de mi corazon! Salvador de mis piernas, digo de mi... Tú, tú sólo vas á sacarme del apuro. Pero los venderá? Veamos. (Enciende un fósforo y se acerca á la casa á leer la muestra.) Camisas! Calcetines! Elásticas! géneros de punto y... sí que los tiene! Sí que los tiene. Me he salvado! Llamemos! (Llama en la puerta de la tienda.) Casto, Casto! (Se oye dentro el ladrido de un

perro.) Diablo! he despertado al perro! Chucho! Cállate, demonio!

CASTO. (Despertándose.) Eh? quién va?

MAN. Dios mio! Mi mujer abre el balcon. ¡Uy! y por aquí vienen dos municipales. (Se oculta en el segundo término derecha: Dos Municipales atraviesan la escena de izquierda á derecha. Lucía sale al balcon.)

LUCIA. Se me figuró escuchar la voz de mi marido. No, no es él.

CASTO. Creo que han llamado. Pero á estas horas, quién puede ser? (Abre la ventana que está sobre la puerta y se asoma.) Quién llama? Se ha creido usted acaso que esta es una botica. No hay nadie. Cómo, vecinita, todavía no ha venido Manuel?

LUCIA. No señor, y estoy loca, porque eso es que indudablemente le ha sucedido algo.

CASTO. Qué! no lo crea usted. Canastos, y que gris corre. Re--tírese usted, retírese usted, vecinita, no vaya usted coger una pulmonía. Y acuéstese usted, no sea usted tonta. Él vendrá si es de ley.

LUCIA. Sí, tiene usted razon. No le espero más... Hasta maña na, don Casto.

CASTO. Hasta mañana y descansar. (Lucía se retira del balcon y cierra. D. Casto cierra la ventana y baja.)

ESCENA VII.

CASTO, y en seguida MANUEL, CASTA dentro.

CASTA. (Dentro.) Casto!

CASTO. Qué quieres, Casta?

CASTA. (Dentro.) No subes?

CASTO. En seguida, mujer, en seguida. Pues no tiene poca prisa que digamos!

MAN. (Saliendo.) Ya se fué, gracias á Dios! Es preciso á toda costa despertar á Casto.

CASTO. Voy á ver si el perro está bien atado. (Coge el quinqué y entra en la trastienda.)

MAN. Pero cómo le llamo yo sin hacer ruido? Sin que mi mujer, que ya está alerta, sospeche... ¿eh? No. Creí que volvía á salir al balcon. No veo luz. Si se habrá acostado! Y éste que estará durmiendo!... Qué! Todo oscuro! Por vida! (Mirando por la cerradura.)

CASTO. (Saliendo con el quinqué.) Vaya, ahora á la camita.

MAN. (Llamando.) Á ver si oye algo.

CASTO. Otra vez? No, pues si es un guason...

MAN. Creo que ya hay luz! (Vuelve á llamar. D. Casto coge la jarra del agua, pone la gradilla debajo de la puerta y abre la ventana.)

CASTO. Sí, llama, llama, que te vas á divertir!

MAN. No contesta.

CASTO. (Echándole el agua.) Agua va!

MAN. Uf! qué es esto? Pues es lo único que me faltaba!

CASTO. Le he puesto hecho una sopa.

MAN. Quién ha sido el tuno...

CASTO. Yo he sido la nube.

MAN. Casto! Qué inhumano eres!

CASTO. Cómo! Eras tú, Manuel? Cuánto lo siento.

MAN. No, el que lo ha sentido soy yo.

CASTO. Pero hombre, á estas horas, quién se había de figurar...

MAN. Mira, ábreme.

CASTO. No puedo, me voy á acostar!

MAN. Ántes necesito que me vendas...

CASTO. Á quién?

MAN. Te advierto que no estoy para bromitas ni la noche está para eso.

CASTO. Ni yo tampoco. Hasta mañana.

MAN. Casto, que me pierdes. Ábreme y yo te explicaré.

CASTO. Mañana me dirás todo lo que quieras.

MAN. Mañana sería tarde. Te digo que es urgente, pero muy urgente!

CASTO. Hombre, ya que te empeñas... (Deja la ventana abierta y baja.)

MAN. Me he salvado! Se los compro, me los embuto y á casa. Uf! ántes tenía frio y ahora... Tengo la lengua pegada

al paladar.

CASTO. (Abriendo.) Vamos, entra y cierra, porque hace fresco. Y da las gracias á que eres amigo, que si no...

MAN. Ántes de nada, dame un poco de agua.

CASTO. Más todavía?

MAN. Para beber. Para beber!

CASTO. Ya. (Echa agua en un vaso y se la da.)

CASTA. (Dentro.) Pero Castito, no subes?

CASTO. En seguida, pichona. Estoy dando de beber al perro.

MAN. (Dándole el vaso.) Gracias.

CASTO. No hay de qué. Pero baja la voz y dí pronto lo que necesitas. Calcetines, camisas de franela, chalecos de punto?

MAN. Nada de eso me sirve.

CASTO. Pues entónces... (Manuel se fija en los objetos colgados y señala unos calzoncillos.) Eso?

MAN. Sí, necesito unos.

CASTO. Para esta noche?

MAN. Sí.

CASTO. Ah! luégo...

MAN. Los he perdido!

CASTO. Manuel! Hay ciertas cosas que no se deben perder.

MAN. El maldito baño!

CASTO. Te los olvidastes en él?

MAN. Sí. Y como ya conoces á mi mujer...

CASTO. Oh, sí, muy bonita. (Se sube á la escalera y empieza á mirar paquetes.)

MAN. Alcánzame unos iguales.

CASTO. Qué color?

MAN. Chocolate. Muy bonita, pero muy vitriólica; celosa en otros términos!

CASTO. Conque celosa, eh?

MAN. Más que Otelo.

CASTO. Y es de lana ó algodon?

MAN. De África.

CASTO. Pues no los tengo de allí.

MAN. Ah, sí! De lana ó algodon, como quieras, no te había

entendido.

CASTO. Mira á ver ese paquete. (Echándole uno.)

MAN. Son refajos.

CASTO. Ese otro.

MAN. Gorros de dormir. ¡Voto á... (Da un golpe en la escalera y Casto cae al suelo y encima algunos paquetes.)

CASTO. Canastos! Me he roto una pierna.

MAN. No sirves para nada. Verás, verás qué pronto yo doy con ellos! (Se sube á la escalera.)

CASTO. En el suelo.

MAN. Pero, hombre, y esto para qué te sirve? (Enseñando un corsé y tirándosele.)

CASTO. No, lo que es á mí absolutamente para nada, porque no soy un fenómeno.

MAN. Victoria! Victoria! Ya están aquí!

CASTO. Gracias á Dios! (Baja de la escalera y descubre el paquete y saca un calzoncillo de piqué á listas blancas y encarnadas.) Maldicion, no me sirven. (Los tira.)

CASTO. Pero este hombre se ha propuesto estropeármelo todo. Manuel, mira que me vas á perder.

MAN. Si fueras un comerciante como Dios manda, como lo son todos, como yo lo sería si me encontrase en tu caso...

CASTO. Sí, concluirías por perderlo todo. Porque el hombre que como tú pierde los... Y despues de todo quién sabe si...

MAN. Mira, Castito, esa es una indirecta que no te permito, porque si á indirectas vamos... yo te podría decir que el martes trece...

CASTO. Silencio!

MAN. En la calle del Doctor Fourquet...

CASTO. Calla, por los santos del cielo, que si se entera mi mujer me convierte en un quinqué.

CASTA. (Dentro.) Casto!

CASTO. Lo ves? Con tus voces la has despertado y si sale...

CASTA. (Dentro.) Casto!

CASTO. Qué quieres, Casta mia?

CASTA. Con quién hablas?

CASTO. (Por vida!) Con un inglés muy excéntrico que ha venido á comprar... cinturones higiénicos.

MAN. Yes! Yes!

CASTO Mira, toma, aquí tienes unos. Lárgate. (Dándole unos.)

MAN. Albricias! Me he salvado! Voy á ponérmelos.

CASTO. Ahí en la trastienda puedes si quieres...

MAN. En dos minutos! Ya no temo las iras de mi mujer. ¿Qué es un frasco de vitriolo para el hombre... que tiene esto! Esto! (Váse.)

CASTO. Éste para en Leganés. Bonita noche me ha dado! Y no es eso lo peor, si no que... (Se oye el ladrido de un perro y las voces de Manuel.)

MAN. Chucho! Maldito! Suelta!

CASTO. Qué?

MAN. (Saliendo con los calzoncillos hechos pedazos.) Señor don Casto Picatoste, le parece á usted bien? (Mostrándole los calzoncillos rotos..)

CASTO. Es claro, le habrás pisado la cola al pobre animalito!

MAN. ¡Hecho pedazos!

CASTO. Pues mira, no es aficionado á los pantalones.

MAN. Ó me das otros ó te asesino!

CASTO. Del mismo color será muy difícil.

MAN. Chocolate; no hay más remedio; ese es el color de mi mujer.

CASTO. Hombre, tu mujer no es de color de chocolate. Morenilla sí; pero no tanto.

MAN. Luégo, como ha sido regalo suyo...

CASTO. Has visto si en el mismo paquete había más?

MAN. Á ver? No es este (Tirando uno.) ni este. Tampoco.

CASTO. Pero hombre, que me estropeas el género!

MAN. Bonito género está.

CASTO. Claro, para parroquianos como tú...

MAN. Ah! Otro! Salvado por segunda vez! (Va á dirigirse al frente y se detiene.) No, ahí no; el perro esta vez no se contentaría con ellos. Aquí. (Dirigiéndose al cuarto de la izquierda.)

CASTO. En el cuarto de mi mujer, poco á poco. Eso sí, que ya no lo paso.

MAN. Pero hombre, y dónde quieres...

ESCENA VIII.

DICHOS, los dos MUNICIPALES en la calle.

MUN. 1.º Tanto como hablaban de los rateros que habia en este barrio y no... Calla en aquella tienda parece que hay luz. Á estas horas? Á ver. (Se acerca á la puerta de la tienda y mira por la cerradura.)

MAN. Pero, déjame, mira que te asesino!

MUN. 1.º Canario!

CASTO. No, aquí no.

MUN. 1.º Anselmo, aquí hay ladrones.

MUN. 2.º Ladrones?

CASTA. (Dentro.) Casto!

CASTO. Mi mujer sale, márchate, yo voy á recoger esto.

MUN. 1.º Avisa al sereno. (Váse el segundo por la derecha; segundo término.)

MAN. Ah! ya sé lo que hacer. Entro en casa, y en la escalera!... Salgamos.

CASTO. Hola, te vas? (Manuel abre la puerta y va á salir. El Municipal va á detenerle. Mannel, procura desasirse y así suben al foro donde el Guardia se cae. Manuel va á escapar y el Municipal segundo le detiene con el rewolver.)

MUN. 1.º Alto, ladron!

MAN. ¡Uf!

MUN. 1.º No, si no te escapas!

MAN. Lo veremos!

MUN. 1.º Socorro! Favor á la autoridad!

MAN. No, lo que es este no me lo quitan. (Le mete los calzoncillos en la espalda.)

MUN. 2.º (Saliendo. Atrás!

MAN. Otro?

MUN. 1.º Creías escaparte, eh?

CASTO. (Saliendo á la calle con una porcion de paquetes.) Pero ma-

nuel, qué es lo que...

MUN. 1.º Otro ladron? Alto. (Apuntándole con el rewolver.)

CASTO. Qué? (Dejando caer los paquetes.)

MAN. No, pues yo...

MUN. 2.º Alto ú disparo.

CASTO. ¡Canario! (Queriendo marcharse.)

MUN. 1.º Si se mueve usted le abraso!

CASTO. No, hombre.

MAN. (Son muy capaces de hacerlo.)

CASTO. Pero si somos dos personas honradas! Mire usted, yo soy Casto.

MUN. 1.º Peor para usted.

CASTO. Soy ademas el dueño de esta tienda.

MAN. Y yo su vecino de ahí en frente.

MUN. 1.º Eso se lo contarán ustedes al señor inspector. Echen ustedes á andar.

MAN. No, lo que es yo...

CASTO. Ni yo.

MUNICS. Vamos. (Luchan por llevárselos y ellos no quieren.)

ESCENA IX.

LUCÍA con una luz sale al balcon y aparece Doña Casta con un candelero con luz y en traje de dormir. Luégo el Sereno.

LUCIA. (En el balcon.) Esas voces! Creí escuchar... Cielos, mi marido! (Lucía se retira del balcon.)

MAN. Uy! Mi mujer! y va á bajar! (Doña Casta sale corriendo.)

CASTA. Casto! Casto! Dios mio, qué es esto! Ladrones!

CASTO. Mi mujer.

MUN. 1.º Otro cómplice! Alto. (Apuntándola con el rewolver.)

CASTA. ¡Ay! (Cae desmayada en brazos del Municipal.)

CASTO. Pobrecita, se ha desmayado!

SERENO. (Saliendo por la derecha.) Peru á qué viene este escándalu!

MUN. 1.º Que no se acerque usted.

CASTO. Es mi mujer y yo sólo debo tocarla. (El Municipal la deja en brazos de D. Casto.)

MAN. (¡Ah! qué idea! Me llevan á la prevencion y allí me los

pongo!) Vamos, señores, estoy pronto á ir á la prevencion!

LUCIA. (Saliendo.) Cómo, tú preso, ídolo mio?

MAN. Sí, soy un capitan de ladrones y deben prenderme. Y al señor tambien, que es el teniente de la cuadrilla.

LUCIA. Cómo!

CASTO. Caracoles!

MUN. 1.° Ya decía yo.

MAN. Y deben ahorcarnos, sí señor. Nos ahorcarán y á su mujer de usted tambien.

CASTO. Eh?

CASTA. (Volviendo en sí.) Dónde estoy?

CASTO. Camino del patíbulo, hija mia.

LUCIA. Pero ahorcarte á tí, por qué?

MAN. Por criminal... Guardias, marchemos cuanto ántes.

MUN. 1.° Y usted tambien.

CASTA. Pero á tí, Castito, y por qué.

CASTO. Por criminal... segun dicen. Cuando el único crímen que he cometido en mi vida es el haberte visto... tan tarde por desgracia.

SERENO. Peru dun Manuel y usted dun Casto, se han vuelto ustedes locus, ú que les pasa? Ustedes lus vecinos más antiguos y más hunradus del barrio ladrones?

MAN. (Adios mi dinero.)

CASTO. Tiene razon el Sereno. Él nos conoce y puede decir á ustedes quiénes somos.

SERENO. Sí señor. Yu respondu de ellos.

MUN. 1.° Entónces no hemos dicho nada, señores. Dispensen ustedes y buenas noches.

SERENO. Esu; á durmir y como si nada hubiera sucedido. (Vánse los Guardias y el Sereno.)

ESCENA X.

DICHOS, ménos los Guardias y el Sereno.

MAN. (Dormir! Eso es. Mas para dormir, ántes hay que... Me parece que no me siento bien.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
7	2	La evidencia...............	3	F. Perez Echevaría..	»
3	3	La rosa amarilla—c. o. v......	3	Eusebio Blasco.....	»
3	2	Los niños y los locos.........	3	Eusebio Blasco.....	»
		Pablo ó la Providencia.......	3	F. Cid Rodriguez...	»
5	2 a.	Reinar para no reinar—d. o. v.	3	José de Velilla.......	»
6	3	Una criolla—c. o. v..........	3	A. García Gutierrez.	»

ZARZUELAS.

		¡De los toros!..	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
2	2	El estudiantillo..............	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
		La sombra de Carracuca.....	1	Llombart y Garrido..	L.
5	1	Lo que puede decirse, *parodia*.	1	D. Cárlos Mangiagalli...	M.
		Ladrones!.................	1	Sres. Cuartero, Amatriain y Ruiz.....	L. y M.
3	2	Los carboneros..............	1	Pina y Barbieri......	L. y M.
2	3	Maestro de amor...........	1	Navarro y Alcalá Galiano.............	L. y M.
2	2	Por cambiar de domicilio......	1	Olier y Taboada....	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa........	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
		Quiera usted á mi mujer.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Skating Ring..............	1	Mariano Barranco...	L.
»	»	Un crímen misterioso........	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.........	L. y M.
		Un maestro de obra prima...	1	Ruesga, Valverde, y Chueca...........	L. y M.
12	9 c.	¡Á los toros!................	2	Vega, Valverde y Chueca..........	L. y M.
		¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca..........	M.
		El empresario de Valdemorillo.	2	R. Carrion y P. Dominguez........	L. y M.
»	»	El laurel de oro.............	2	Rubio y Taboada....	M.
		El pájaro verde..............	2	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Huyendo de ellas............	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
		Los Madriles...............	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Amapola..................	3	Lecoq.............	M.
		La aurora de un reinado.....	3	M. Godino y Casares.	L. y $^1/_2$ M.
		La panadera...............	3	Offenbach.........	M.
		Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *Don Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.